

cas, y también para el diseño de mensajes que establezcan, con conciencia profesional, determinadas representaciones de la realidad.

Las teorías de la comunicación más difundidas, las de carácter sociológico, han llegado a determinar que los medios audiovisuales van condicionando la percepción de la realidad, pero no pueden explicar las estructuras que, al interior de los procesos de comunicación, producen el sentido e inducen actitudes, valores y significados en las personas y los grupos sociales. Por ejemplo, quedan muy claras las funciones de la publicidad masiva en cuanto aceleradora del ciclo de circulación del capital, en cuanto modificadora de los hábitos culturales, y en cuanto a dominación ideológica, pero no basta, para el estudio de la comunicación, asignar un lugar teórico a los aparatos que hegemonizan la dimensión político-cultural de la vida social. Es necesario descubrir cómo opera esa dominación en la conciencia que enfrenta y decodifica los mensajes y los integra cognitiva y axiológicamente. Aquí radica la necesidad de la aportación semiótica.

Por supuesto, sobre esta línea y en el contexto latinoamericano, falta mucho trabajo de articulación teórica y metodológica; la acumulación de investigaciones que afinen con evidencia empírica las hipótesis y los modelos; mucha precisión conceptual y unificación terminológica; consenso y amplitud en la visión política y científica, para superar los enormes retos que la realidad plantea al estudio y la práctica de la comunicación.

El desarrollo de la tecnología y la imposición de nuevos y cada vez más sofisticados sistemas de difusión de información, que lo son también de control social, hacen urgente la tarea de explicar cómo opera la industria cultural, sobre todo la transnacional, sus patrones de dominación. Consecuentemente, es impos-

tergable el impulso de alternativas de comunicación. En este contexto, el seminario de Semiótica de los Códigos Audiovisuales aportó, indirecta y modestamente, al proceso de asimilación de un grupo de comunicadores al esfuerzo latinoamericano por la democratización y la autodeterminación comunicacionales.



recordaciones

“que así como los frutos, cuando están verdes, hay que arrancarlos de la rama, y se caen ellos mismos cuando maduros y en sazón, así también es una violencia la que priva de la vida a la gente moza, mientras que la muerte de las personas de edad acontece a su tiempo”.

Cicerón, *Diálogos de la vejez y de la amistad*.

“Cuanto más viejo me vuelvo, más me abandono a la voluntad de Dios, y menos aprecio la inteligencia, que quiere saber, y la voluntad, que quiere hacer: y el único medio de salvación que reconozco es la fe, que sabe preguntar sin paciencia más de lo debido”.

Umberto Eco, *El nombre de la rosa*.

Apenas hace dos años lo conocí. Y su muerte no ha hecho sino remover un cúmulo de recuerdo archivados en el corazón: *recor-dación*. Conversamos muchas veces en el trayecto del ITESO a la Ciudad de los Niños. A pesar de que conducía su automóvil sin prisa, nunca terminamos de platicar: de los jóvenes valores, de las microcomputadoras —su último juguete—, de sus años universitarios, de la Iberoamericana y el Instituto Patria, de la informalidad de muchos mexicanos, de la estadística, del Departamento de Ciencias Sociales, de mis proyectos u

ocurrencias... No tuve tiempo de conocer muchos rasgos de su personalidad, forjada durante 59 años. Un accidente automovilístico interrumpió la vida terrena de José Antonio Orozco Obregón, S.J., el 14 de abril de 1985.

Pepetoño, el padre Pepetoño, el ingeniero, el ingenioso, el maestro, el consejero, el amigo nos ha dejado. Ya no le veremos más caminando lentamente por el ITESO con la cabeza gacha, las manos juntas, el suéter sobre los hombros, el cabello —ya encanecido— alborotado. Ya no disfrutaremos más su sentido del humor, sus carcajadas, su escepticismo, su seriedad y sobriedad, sus ironías y agudezas, su benevolencia, su amistad, sus artefactos de madera. Otros tendrán que terminar sus investigaciones acerca de los jóvenes, de sus inconformidades... Su muerte también me ha recordado lecturas y canciones. Una de ellas, “Samba para Pepe”, dice así:

Quando un amigo se va,
nadie nos devolverá
todo el corazón que le
prestamos,
tanta compartida soledad.

Un amigo nuevo no es
lo mismo, Pepe,
nos quiere por la mitad.

La muerte puede entenderse como un daño irreversible a la red de conexiones entre las personas. Significa el fin de una personalidad. Por eso, con la muerte de José Antonio, experimentamos el repentino rompimiento de la frágil red de la existencia humana. La muerte, dice el filósofo James P. Carse, tiene el efecto inmediato de *revelar* esa interconexión de la vida; provoca discontinuidad en nuestras vidas. Pero esta discontinuidad no es para siempre. Algún día se rehabilitará la red y esta vez la comunicación será más profunda y duradera.

Francisco J. Núñez de la Peña,

4 de mayo de 1985